Polémica
Centro Editor de América Latina
57




# El proceso cultural argentino

# Polémica

Primera Historia Argentina Integral

Editada por el
Centro Editor de
América Latina S. A.
Buenos Aires
Argentina







Cangallo 1228 - Buenos Aires
Sección Ventas: Rincón 87.
Buenos Aires

Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina -
Printed in Argentina



El texto de la Parte General ha sido preparado por Haydée Gorostegui de Torres.
La redacción final estuvo a cargo del departamento de historia del Centro Editor de América Latina.
La parte especial ha sido preparada y redactada por Héctor P. Agosti.
El asesoramiento general estuvo a cargo de Haydée Gorostegui de Torres.

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A.. Luca 2223, Buenos Aires, en Junio de 1971


## Sumario



"Los elementos contradictorios de la cultura argentina expresan, en definitiva, el signo de la crisis estructural en que se debate la sociedad: un país que no realizó a tiempo su revolución burguesa, constreñido dentro de moldes de atraso y dependencia que constituyen la característica latinoamericana, estalla ahora necesariamente por todos sus poros. Es natural que la cultura no pudiese ser ilusoria isla solitaria.
No somos tampoco un compartimiento estanco frente a las convulsiones del mundo contemporáneo.
Por ello pueden rastrearse diferentes actitudes ante la crisis que nos envuelve nacionalmente, pero que también se inscribe dentro de la pugna mundial entre el sistema capitalista en descomposición y el sistema socialista que se construye con diversidad de caminos. En tales condiciones no fuimos ajenos al eco marcusiano de la negación de la cultura (...) y, a partir de esta negación radical, las posibilidades de comprender racionalmente las leyes de desarrollo relativamente autónomo de la cultura para usarlas como palanca transformadora quedan también radicalmente abolidas, con lo cual la cultura resulta entregada, como territorio sin compartir, al sistema que presuntivamente se rechaza...
No hay cultura autónoma sin sociedad independiente, no hay cultura nueva sin sociedad nueva ¿Significa esto que debemos aguardar la transformación social, aún cooperando con ella, para producir posteriormente la modificación cultural. Pensar en una revolución por la cultura sería lo mismo que recaer en las ilusiones del arielismo; imaginar a la cultura como mera sombra de la política equivale a la pasividad del nihilismo.
Los datos argentinos anuncian ya, entre las mallas de la crisis profunda, los elementos de una cultura nueva determinados por la dialéctica de la lucha de clases. Se trata, en definitiva, de saber que la cultura, por su función de regreso, puede ser un elemento necesario en la transformación nacional".

# Los gobiernos radicales (1816-1930)

## La presidencia de Alvear

El 1922 el presidente Yrigoyen terminó su primer período de gobierno, sucediéndolo en el cargo Marcelo T. de Alvear. El radicalismo se mantuvo por lo tanto en el poder. Pero si esta afirmación es aceptable desde el punto de vista formal, lo es mucho menos si se examina el proceso más de cerca. Hemos señalado antes que una de las características de este movimiento fue la heterogeneidad de elementos que lo componían, circunstancia que, de algún modo, obstaculizó la realización de un programa definido de alcances populares. Porque no sólo los exportadores desplazados del gobierno y partidos doctrinarios como el socialismo le llevaron una sostenida oposición, sino también grupos integrados en el propio movimiento que, por origen e intereses se encontraban más cerca de aquellos y rechazaban la conducción personal de Yrigoyen. La ascensión de Alvear a la primera magistratura no tardaría en confirmar estas diferencias oficializando la existencia de dos partidos, el Radical Antipersonalista que respondía al presidente en ejercicio y el Radical Personalista, fiel a la conducción del viejo caudillo. En un principio, sin embargo, el nuevo gobierno no se apartó radicalmente del programa anterior. En esta línea gravó con impuestos las importaciones de artículos que ya producía la industria nacional y prohibió la exportación de productos indispensables para el funcionamiento de la misma. Empero, poco tiempo después comenzó a dar muestras de similitud con las tendencias conservadoras tanto en política aduanera como en materia social e internacional. Contó para ello con condiciones económicas excepcionales en el campo internacional que revirtieron en una etapa de gran prosperidad para el país que desde entonces no volvió a conocer cifras de exportación como las alcanzadas entre 1925 y 1929. El aumento de los ingresos globales fue de tal envergadura que, si bien benefició directamente a productores grandes y medianos y a los intermediarios, tocó también en parte al resto de la población. El liberalismo encontraría rápidamente nuevas fuerzas en esta coyuntura favorable, logrando rápidamente la adhesión del gobierno, cada vez más alejado de los postulados iniciales del movimiento. Esta actitud se reveló con toda claridad en ocasión de discutirse una ley sobre el petróleo nacional.
En 1922, Yrigoyen había creado Yacimientos Petrolíferos Fiscales con el objetivo de preservar para el país la posesión del preciado combustible; pero tanto Gran Bretaña que ya contaba con concesiones para explotar esta riqueza como los Estados Unidos que deseaban avanzar en el mismo sentido desarrollaban una política que, aunque divergente, coincidía en la neutralización de aquella medida.

*1. Marcelo Torcuato de Alvear.*
Archivo General de la Nación.

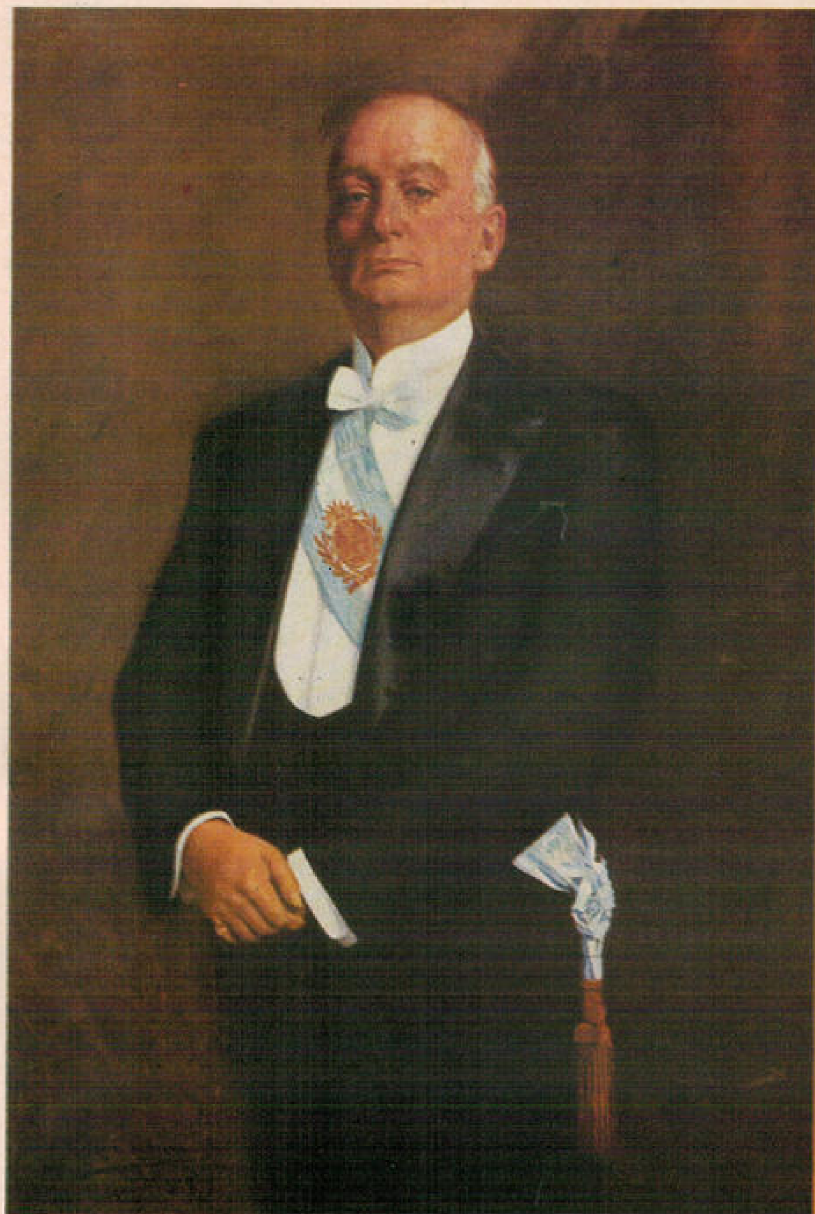
*En las páginas 170 y 171:*

*1. Marcelo T. de Alvear, óleo de Rodriguez Cabrera.*
Archivo General de la Nación.

*2. Alvear con el príncipe de Gales, Eduardo de Windsor, en agosto de 1925.*
Archivo General de la Nación.

1





1

**Puntos del memorial presentado por el general Baldrich durante el debate sobre el petróleo**

1. *Nacionalización de todo el combustible.*
2. *Monopolio estatal de la explotación.*
3. *Control estatal de la exploración.*
4. *Monopolio estatal del transporte del combustible.*
5. *Autonomía de Y.P.F.*
6. *Prohibición de transferir concesiones.*

(Citado por R. García Lupo, *Historia de unas malas relaciones*, Buenos Aires, 1964).

La situación haría crisis a fines del gobierno antipersonalista en que se enfrentaron partidarios de Yrigoyen y del presidente Alvear. Estos últimos se manifestaron en forma abierta por la tesitura exhibida durante el gobierno de Juárez Celman sobre el hecho de que el Estado nunca era buen administrador y por lo tanto era preciso derivar esta responsabilidad a manos privadas. Sin embargo, los legisladores personalistas, apoyados por un porcentaje mayoritario de la opinión pública llevaron adelante e hicieron aprobar la ley de nacionalización del petróleo inspirada por los generales Mosconi y Baldrich.
Otro ejemplo de la posición del gobierno frente a los intereses extranjeros puede apreciarse en la larga batalla emprendida por un sector de criadores locales contra los frigoríficos. Después de un período de gran prosperidad originado particularmente por la situación de guerra internacional y por la batalla por el control nacional librada entre ingleses y norteamericanos, hacia 1920 la crisis llegó a los productores.
Una sostenida baja en las exportaciones hacia los centros tradicionales de consumo, lesionó gravemente a los ganaderos propietarios de animales de calidad intermedia e inferior. Gran Bretaña, que había acumulado reservas de carne congelada y envasada durante la guerra empezó a exportar los sobrantes a Europa y a requerir para su propio consumo, casi únicamente carne enfriada, la que sólo provenía de animales del tipo superior. En un principio, la crítica situación de los pequeños ganaderos no originaría conmociones serias puesto que su vocero natural —la Sociedad Rural— estaba en ma-



2

nos de los grandes estancieros, en nada afectados por el proceso. Sin embargo, esta política cambiaría hacia 1922 con la ascensión al gobierno de la institución de un grupo representativo de los intereses lesionados. Se desató entonces una larga y virulenta campaña en la que menudearon los proyectos de ley para limitar la libertad de acción y de ganancias de los frigoríficos. Las propuestas en favor del intervencionismo estatal sucedían así a la antigua posición librecambista. Finalmente se aprobarían cuatro leyes que contemplaban respectivamente la construcción de un frigorífico en la ciudad de Buenos Aires, el que funcionaría bajo la administración del Estado; la inspección y supervisión del gobierno en el comercio de carnes; el peso en vivo como base de la venta del ganado y precios mínimos para la venta de exportación y máximos para la venta en el mercado interno.

Bastó sin embargo que los frigoríficos pasaran al contraataque, suspendiendo la com-

**La posición antiimperialista de los pequeños ganaderos ante la crisis de la carne**

*"Aquí se trata de la suerte de millares y millares de productores, grandes y pequeños, sobre todo de pequeños, arruinados por el trabajo mismo que debería por lo menos mantenerlos; aquí se trata de la gran riqueza argentina, convertida por obra de factores extraños y extranjeros en causa de la pobreza nacional; aquí se trata de la vida o muerte económica de una numerosa clase, pueblo al fin, que no ha cometido otro delito que el de trabajar de sol a sol, por cierto sin régimen de ocho horas, aceptando como una condición de su dura existencia el rigor de la intemperie y el azar del tiempo, confiada, veremos con qué fundamento, en el amparo y en la protección de la ley. Aquí se trata, señores diputados, de decirles a esos hombres: seguid tranquilos vuestra tarea, base y cimiento de prosperidad colectiva; estamos advertidos de las maniobras que os despojan y os aniquilan; os defenderemos porque tal es nuestro deber de representantes del pueblo, nuestro deber de hombres políticos que tienen a su cargo la salud general, nuestro deber de justicia, nuestro deber de argentinos, y yo agregaría, nuestra conveniencia de egoístas. O bien, de decirles: continuad, continuad, si os resulta en las condiciones actuales; nada podemos hacer por vosotros; nada podemos hacer contra la ley de la oferta y la demanda, ni contra los frigoríficos; ellos son vuestros señores y los nuestros, y si hoy nos vemos obligados a entregarles la llave de la ganadería, mañana les entregaremos el decoro del gobierno, los atributos de la soberanía, las llaves de nuestras propias casas."*

(Palabras pronunciadas por Sánchez Sorondo en la Cámara de Diputados, en 1922).



1

*1. Roberto M. Ortiz, Marcelo T. de Alvear y José Tamborini.*

pra de ganado para que lograran la adhesión, ahora abierta, de los grandes ganaderos e invernadores y se suspendiera la aplicación del precio mínimo antes que transcurriera un mes de suscripto el decreto. El gobierno de Alvear fundamentó su medida en la confianza en el poder nivelador de las fuerzas del mercado. Los intereses extranjeros, los productores más importantes y el gobierno coincidieron una vez más en la política librecambiasta como en los tiempos del gobierno oligárquico. Por cierto, tampoco habrían de aplicarse los otros puntos aprobados por el Congreso, excepto la del peso en vivo.

Si el primer gobierno radical puede ser calificado de ambivalente, de no haberse atrevido a romper frontalmente con una situación heredada, el segundo gobierno exhibe en cambio una política muchísimo más coherente en la medida en que se identifica paulatinamente con el liberalismo conservador del que termina siendo su abierto defensor desde el gobierno. Pero así como la presión social llevó a la oligarquía a conceder el voto universal, esta renovada alianza con el poder político no alcanzaba a ocultar que la adhesión mayoritaria de la población continuaba fiel al caudillo y a sus principios aunque éstos no hubieran sido puestos en práctica en forma total entre 1916 y 1922.

Nadie se engañaba en vísperas de la renovación presidencial, sobre el triunfador y en la emergencia, conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes volvieron a unir fuerzas contra don Hipólito Yrigoyen y emplearon todos los resortes posibles, legales e ilegales para derrotarlo.

838.583 votos contra 414.026 del Frente Unico, 64.985 del Partido Socialista y 14.173 del Partido Demócrata Progresista, fue la respuesta popular que el 1º de abril de 1928 dio nuevamente el triunfo a Hipólito Yrigoyen.

# El proceso cultural a partir de la primera guerra mundial.

Héctor P. Agosti

### "...ciudadanos de un país de inmigración"

Cuando en enero de 1876, en sus *Cartas de un porteño,* afirmó don Juan María Gutiérrez que éramos "ciudadanos de un país de *inmigración*", estaba señalando el sentido más original de nuestro desenvolvimiento, no limitado evidentemente al orbe estricto de la cultura. El auge inmigratorio, que modificó formas de lenguaje y usos de trabajo, comenzando por la agricultura, no podía proporcionar los avances tecnológicos que algunos autores le reclaman puesto que venía a asentarse sobre tierras que no habían pertenecido a los antepasados, que no requerían por el momento tratamientos intensivos y que, además, se injertaba en la base intocada del latifundio. Pero el latifundio era, a su turno, consecuencia del estilo de vida introducido por los colonizadores españoles con su hidalgo desprecio por el trabajo: la herencia española, en definitiva, no consistió sino en el predominio antinatural del capital comercial sobre el productivo. El antiespañolismo de las *Cartas* ("cuestión social" lo llama Gutiérrez) es por lo tanto congruente y positivo: tiende a emanciparnos de las limitaciones que en pleno siglo XIX impedían expandirse a la civilización burguesa. Es cierto que la declinación de las capas dominantes, sin otros arranques jacobinos que los de algunas arengas, hizo que el viejo colonialismo español fuera reemplazado después del 70 por el dominio británico, en el cual se insertaron las impropiamente llamadas "clases altas colonizadas". Frente a ellas, casi siempre tradicionalistas, los "ciudadanos de un país de inmigración" quedaron colocados en actitud de enfrentamiento objetivo.

He mostrado en algunos de mis libros (particularmente en *Nación y cultura*) los costados afirmativos de la inmigración; sería impertinente insistir sobre ellos. Pero inmediatamente después de la primera guerra mundial, las consecuencias de esa "era aluvial" alcanzan su punto más alto en el crecimiento y fortalecimiento de las capas medias, provenientes en su gran mayoría de la inmigración; también en el auge del movimiento obrero, cuyos primeros arranques provenían de la década del 70. Ahora dicen los escritores nacionalistas que representaban una visión extranjerizante de la realidad nacional. Están, en la compañía de Joaquín V. González, quien en *El juicio del siglo* se conduele por la "irrupción informe y turbia de todo género de ideas, utopías y credos filosóficos, económicos y políticos, que [...] tienden a borrar los últimos vestigios de la educación tradicional hispanoargentina...".

En los comienzos del período que examinamos este proceso alcanza su manifestación política en la victoria del Partido Radical, expresión principal de esas capas medias, y, consecuentemente, en el movimiento de la Reforma

*1. Esteban Echeverría.*

*2. Juan M. Gutiérrez.*
Archivo General de la Nación.


1


2



universitaria, que implica una doble insurgencia político-pedagógica contra las viejas oligarquías por parte de ese nuevo alumnado compuesto ya, como el Partido Radical, por muchos hijos de inmigrantes. Para los voceros de la derecha liberal, ambos acontecimientos, sobre todo la Reforma, representaban aquella temida irrupción de ideas foráneas denunciada por González...

El fenómeno de la Reforma universitaria reflejaba por un lado el crecimiento de la tasa general de alfabetismo en el país, el aumento del peso de la población urbana con respecto a la rural, la intromisión de amplios sectores de las capas medias en una universidad sometida a las academias vitalicias e inservible para las nuevas necesidades técnicas reclamadas por una industria incipiente. Desde este punto de vista parece acertado el juicio de Maggiolo acerca del carácter inicialmente positivo que tuvieron las universidades profesionalistas. Era una respuesta, limitada si se quiere, a una nueva situación histórica, contradictoriamente asentada sobre el desarrollo desigual del país.

**Las manifestaciones culturales**

Considerada la exterioridad *cultural* de este proceso quizá nada sea más significativo que el esplendor del sainete en el período que se cierra en 1930. Como movimiento teatral *de masas* no opera sobre "la espesa constante del fracaso del inmigrante", sino que, contrariamente, procura representar su integración en el área social y lingüística porteña. Era, sin duda, una realidad auténtica que escapó a la visión de especialistas atrapados por el espejismo europeo: tal el caso de las *Críticas negativas* de Nicolás Coronado, o de las historias teatrales de Mariano Bosch, Ernesto Morales, Juan Pablo Echagüe o Alfredo Bianchi, que desdeñan al sainete o ni siquiera lo mencionan. Cierto que Vacarezza, el más difundido de los saineteros, resume el sentido conservador que el género asume entre nosotros, como Gallo lo muestra agudamente, sin que alcancen a redimirlo los desplantes anárquicos de González Pacheco. No es casual, por consiguiente, que el auge se desvanezca hacia 1930, sin que consigan revitalizarlo los intentos posteriores de elevarlo hasta el teatro Colón. Aparte de las razones estéticas que hayan determinado su defunción, el origen principal debe buscarse en la modificación nacional de la población argentina, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires. Aunque todavía abierta, la inmigración provenía ya de otras fuentes; la anterior, la que ayudó a hacer el país y a modificar sus usos, no se reconocía en el sainete porque sus hijos estaban integrados en la nación e inclusive ejercían cargos públicos sin demasiados sobresaltos.

Proyección popular de este fenómeno, el sainete no agota, sino que apenas insinúa, la vastedad de propósitos que se mueven en el territorio de la cultura. Es fácil hacer críticas retrospectivas introduciendo un factor de modernidad abstracta en la valoración del pasado, o bien pretendiendo el encierro en fronteras infranqueables para no incurrir en pecado de extranjerismo, como si todo lo nuestro debiera reducirse a una tradición hispánica, por cierto anacrónica, o una tradición

*1. Colegio y Universidad del Salvador en Buenos Aires.*
I. Corbalán.

*2. Portada del primer número de la revista* Sur.

*En la página 177:*

*1. Escuela Rural.*
Archivo General de la Nación.

*2. Colegio inglés en Buenos Aires en la década del diez.*

SUR

REVISTA TRIMESTRAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE VICTORIA OCAMPO

VERANO 1931 AÑO I

BUENOS AIRES

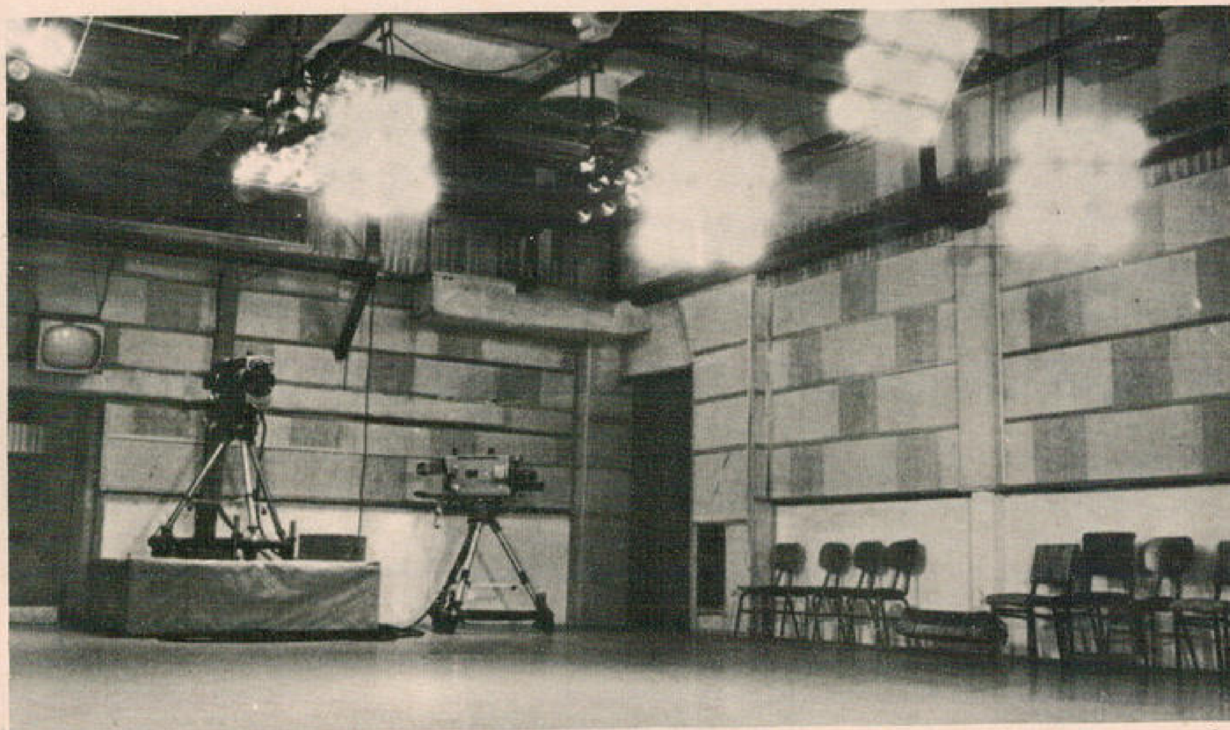
indígena, por lo demás inexistente. La Argentina de la primera posguerra no podía permanecer ajena a las convulsiones de un mundo donde el triunfo de la Revolución Rusa era anuncio inquietante para el dominio hasta entonces indiscutido del capitalismo. En el terreno de la literatura y las artes, "Boedo" y "Florida" vinieron a representar oposiciones que el tiempo se encargó de mitigar. Ciertamente que en "Boedo" alentaba el propósito de la "redención social" con copiosa impostación anarquista y descubrimiento de los trágicos rusos a través de malas traducciones y al compás de agitaciones populares que culminaron en la "semana de enero" y en la Patagonia trágica. Pero la presidencia Alvear, en cuyo transcurso se manifestó con todo su esplendor la revolución formal de "Florida", coincidió con una etapa de estabilidad relativa del capitalismo. "Los jóvenes artistas y escritores participantes del movimiento —escribió Córdova Iturburu— son, en su mayoría, hijos de la burguesía y de la pequeña burguesía. No han vivido —como los europeos— los infortunios de la guerra y los sobresaltos revolucionarios de la posguerra. Han abierto los ojos a la realidad del mundo y de sus propias vidas bajo los halagos del bienestar general y en la seguridad de un régimen amparado por las instituciones liberales". Esos jóvenes introducían una nota de inconformidad en un país donde, a juicio de ellos, "no pasaba nada" y al que debía *modernizarse* con la incorporación de las técnicas literarias de vanguardia. Pero al mismo tiempo esos jóvenes no olvidaban —lo dijo el *Manifiesto de "Martín Fierro"*— "que todas las mañanas nos servimos de un dentífrico sueco, de unas toallas de Francia y de un jabón inglés"... Sin restar la importancia que toda experimentación representa en el terreno de la cultura, no podría negarse ni el retardo con que arribaron a nuestras playas, ni el hecho no menos notorio que trataban de asignar *status* privilegiado a ese desdén intelectual por la política que años más tarde zahirió Deodoro Roca. De allí que los denuestos de "Boedo", no siempre encuadrados en la apreciación certera de la realidad nacional, aparecieran como históricamente justificados.

Pero algo estaba pasando en el país, no obstante el giro hacia la derecha del segundo gobierno radical: entre otras cosas la irradiación del marxismo, visto también como foraneidad por los críticos nacionalistas, y la intuición del fenómeno imperialista especialmente a través de los avatares de la revolución mexicana. En cierta manera —y el episodio no carece de importancia— se abandonaba el arielismo, que mostró una actitud de oposición al materialismo de la técnica norteamericana fundándose sobre los valores de la espiritualidad hispánica, para tratar de comprender la invasión imperialista como forma necesaria en la evolución moderna del capitalismo. No otra cosa significó en 1925 la fundación de la Unión Latino Americana, y algo más tarde la de la Liga Anti-Imperialista, que ya se adelantaba por algunos de los senderos interpretativos de Lenin. La raigambre casi exclusivamente intelectual de la Unión Latino Americana registraba el antecedente efímero de *Revista Americana* (1914) y *La Reunión Americana* (1917), hojas antiyanquis conducidas por Bernardo González Arrili. Vistas a la distancia de más de medio siglo es fácil decir que la protesta antiimperialista se dirigía principalmente contra las tropelías de los *marines* en Centro América antes que contra las más delicadas maneras de intromisión británica en el Río de la Plata. Sin ser la referencia tan objetivamente exacta, y muchos documentos podrían probarlo, no es menos cierto que el octavo congreso del Partido Comunista (1928) mostró no sólo esa impronta inglesa sino su vínculo orgánico con la oligarquía latifundista, a tal punto que, a partir de entonces, los temas del antiimperialismo y la reforma agraria aparecen inevitablemente unidos como los dos pilares de una misma solución estructural.

Algo pasaba en el país, y frente a ese algo concreto los elementos de la desnacionalización congruente centraron los fuegos contra el predominio positivista, no con el propósito de superarlo en sus limitaciones, sí con el de atacar sus presuntuosas conexiones con la ciencia. Acierta Weinberg cuando dice que el antipositivismo fue, en realidad, una reacción contra la ciencia. No era obligatorio que fuese así, dado que el neoidealismo italiano, por ejemplo, implicó un punto de avance con relación al positivismo rígido y estrecho. Pero aquí soportamos la avalancha irracionalista, que introdujo Ortega y Gasset, señalando el comienzo de la influencia filosófica alemana, particularmente con el negativismo heideggeriano. Eran batallas intelectuales libradas al margen del tumulto de las masas, que alcanzaron sin embargo a interrumpir el diá-

1

2



1



2

*1. Estudio de televisión.*
I. Corbalán.

*2. Una escena de*
La montaña de las brujas,
*de Julio Sánchez Gardel,*
*estrenada en 1912*
*en el Teatro Nuevo por la*
*compañía de Pablo Podestá.*

logo placentero mediante las estridencias políticas de la Reforma universitaria. 1930 puso al desnudo la raíz.de la crisis. Comenzó una "meditación argentina", una metafísica telúrica del ser nacional. Pero empezó también a señalarse una actitud más profunda frente a la realidad nacional. Había terminado *la belle époque* de la inteligencia.

**Nacionalización e internacionalización**

Podría discutirse hasta qué punto es lícito hablar de una cultura *impuesta*, a menos de imaginar absurdas aduanas intelectuales. Quizá pudieran servirnos de guía las sabias fórmulas de Echeverría: *un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad... no nos importan las soluciones de la filosofía europea que no sirvan a nuestra realidad.* Tal indicación sigue siendo válida para comprender las comunicaciones dialécticas entre dos vertientes que no pueden contemplarse en oposición irreconciliable. Cuando Borges afirma que "nuestra tradición es Europea" está asumiendo una actitud simétricamente inversa a la de quienes quisieran reducirla a un folclorismo de anacrónicos usos campesinos que ya tampoco corresponden a la realidad. No se me escapa que, hasta 1930 aproximadamente, ese llamado fenómeno de "desnacionalización" se confunde con una mirada dirigida casi exclusivamente hacia Europa, en una atracción reveladora de apertura hacia corrientes nuevas, aunque algunas de ellas notoriamente prescindibles. El caso *Sur* es, en este sentido, el testimonio más elocuente, aunque sería injusto censurarle que haya revelado al público argentino algunos valores discutibles, pero no ignorables, de la literatura universal.

Pero aquí el tema se plantea en el instante crítico de un mundo que se aproxima vertiginosamente a su segunda hecatombe entre los alaridos del fascismo, a tal punto que cualquier meditación sobre tales cuestiones no puede ser marginada del proceso más vasto de internacionalización de las políticas nacionales que se opera ostensiblemente a partir de la guerra española. ¿Qué se opone en definitiva a este europeismo literario sino un supuesto *nacionalismo* que pretende el regreso a las fuentes por el camino de la hispanidad, impregnada de un catolicismo franquista que, por absurda ironía, aparece impulsado por el monarquismo de Charles Maurras? Un nacionalismo de esencias europeizantes, cuyo eco lejano está en "la hora de la espada" de Lugones, se ofrece en definitiva contra la Argentina gringa, hasta alcanzar acentos apocalípticos en los apóstrofes de Doll contra los inmigrantes. Nace entonces la teoría de "las dos Argentinas" y es curioso que en esta proscripción de la Argentina del sur, predominante inmigratoria, y diferente por lo tanto de la "castiza" Argentina del norte, coincidan los lejanos inventores de la derecha oligárquica con sus seguidores modernos de la "izquierda nacional". Buenos Aires —la ciudad— es el polo de concentración en todos los ataques de este supuesto nacionalismo cultural que cree encontrar la purificación en las campañas, como décadas atrás lo pregonara Ricardo Rojas. Pero todo nacionalismo que reniega de Buenos Aires está repudiando, en verdad, a la inmensa concentración proletaria que ahí se radica. Ese nacionalismo, pues, no es popular y, por lo tanto, no puede ser nacional. Es indudable que las modificaciones en la composición nacional de Buenos Aires pueden determinar algunas de aquellas actitudes. En 1914 los extranjeros constituían el 49 por ciento de la población, habiendo bajado al 28 en 1947, proceso acentuado en los años posteriores con nuevas acumulaciones procedentes de las provincias. Esa argentinización progresiva fue acompañada por la concentración de la clase obrera en el llamado Gran Buenos Aires, lo cual, por lo demás, no hacía sino acentuar la tendencia original, tanto que en 1950 se encontraban en esa área el 73,1 por ciento de los obreros industriales. Dicha población constituye principalmente la clientela cultural sobre la cual habrán de volcarse simultáneamente las corrupciones de la llamada cultura de masas (*impuesta*, sí, tanto por los monopolios extranjeros cuanto por los impostores de un folclorismo retrógrado), los denuestos de una Argentina supuestamente pura y los aires de fuga de una inteligencia incapaz de percibir que la importancia indudable de las investigaciones técnicas son en todo caso un medio colocado al servicio del interés popular y nunca una finalidad autosuficiente. La cultura *impuesta* no era sólo la que venía sutilmente traída por los barcos de ultramar; era, sobre todo, la que a través del aguamiento histórico de nuestros orígenes revolucionarios nos había vertido la oligarquía gobernante. No es casual que el estudio de la historia se

haya convertido en episodio de verdadera guerra civil intelectual. La "nueva escuela histórica", con todo su aparato de erudición germánica, había significado un comienzo de rejuvenecimiento técnico para una disciplina que necesitaba ser *revisada* científicamente con urgencia. Pero el llamado "revisionismo histórico" vino a reemplazar la vieja adulteración liberal con una nueva adulteración supuestamente populista. Esa vertiente encuentra en el folclore una ancha veta, porque muchos de los fieles del revisionismo se complacen en una visión ahistórica del pasado, al margen de las concretas relaciones de clases en que se desenvolvió (y se desenvuelve) la realidad mundial. Mientras tanto, una reciente conciencia folclórica, auténticamente popular, y por lo tanto auténticamente nacional, se empeña en dotar a la tradición de elementos acordes con la nueva realida nacional. En medio de este debate la historia verdadera, concebida como movimiento real de las masas en el contexto de sus relaciones de clases, sigue sin hacerse.

**El maniqueísmo interpretativo**

Las coordenadas culturales suelen suscitarse, entonces, a través de cerradas oposiciones metafísicas: o bien se supone que por nuestra condición de país subdesarrollado todo debemos esperarlo de milagrosas recetas procedentes desde afuera, o bien que, en virtud de lo mismo, debemos "cerrarle la boca al Océano" para que no nos contaminen los contagios nocivos, para que nuestro propio subdesarrollo nos proporcione los elementos propicios de la reconstrucción. Reitero aquí la fórmula echeverriana *(un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad)* porque es la respuesta a ciertas tendencias actuales, aparentemente nacionalistas, que juzgan la herencia cultural con el sentido maniqueo del bien y del mal en vez de advertir sus fenómenos dialécticos de continuidad y negatividad, inseparables del proceso histórico de formación del país. Alberdi pudo escribir en su tiempo que no podíamos ser independientes en política y colonos en literatura. Ensalzó, si se quiere, la búsqueda de una voz propia que renegaba del pasado colonial en virtud de todo cuanto él representaba como sumisión y atraso frente a los valores superiores de su época; nunca, sin embargo, entendió que debíamos ponerle tranqueras al río. En todo caso la enseñanza extranjera (Echeverría lo enseñó más de una vez) no debía ser nueva coyunda sino herramienta para remover la realidad nacional. Vale decir que, a partir de ciertas circunstancias, las superestructuras del saber, aunque se originen sobre una base material determinada, adquieren una relativa autonomía de funcionamiento que puede revertirlas contra su misma estructura original. Es, justamente, lo que olvida la interpretación maniqueista de la historia cultural.

Así, por ejemplo, la afirmación de que el pensar de las clases altas tradicionales está condicionado por el sistema tecnológico equivale, sencillamente, a poner el carro delante de los caballos, porque nuestras clases altas tradicionales —es decir, la oligarquía latifundista— nunca necesitaron otra tecnología que la requerida por su pensar de terratenientes en un país caracterizado por la explotación extensiva del suelo; no a otra causa puede atribuirse la escasa inscripción en las facultades de agronomía. Sería antihistórico hablar en tal sentido de "clases altas colonizadas" puesto que ellas fueron parte consciente, integrada y beneficiada en la colonización del país por el imperialismo británico.

Es por lo tanto una verdad a medias decir que la Universidad "reproduce la filosofía históricamente colonizada de la clase dirigente", porque ello supone considerarla como una totalidad sin resquebrajaduras ni contradicciones. A menos de admitir el episodio de la Reforma universitaria como una muestra de desarraigo "liberal" y "antinacional", sería imposible desconocer que su estallido representó justamente un momento en el proceso general de subversión contra la oligarquía. La Universidad, aun sin encerrar en su ámbito a toda la cultura, fue el reflejo de sus contradicciones en la cúspide. Dejó de ser el recinto augusto destinado exclusivamente a los "hijos de papá" para modificarse en su composición social con la irrupción de estudiantes venidos de las capas medias empobrecidas y obligados a trabajar para subsistir: datos de 1956 muestran que las dos terceras partes de los estudiantes se ocupaban en jornadas completas o parciales. Sería ingenuo suponer que la Reforma impuso todos sus criterios; menos aún aceptar que puede haber una auténtica revolución cultural sin una correspondiente revolución política. Pero sería injusto, desde el punto de vista de la




*1. El teatro Casino.* 1
Museo Histórico Nacional.



1




2



1



2

*1. Interior del local de la Sociedad Científica Argentina.*
Sección Iconográfico del Museo Mitre.

*2. Biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires.*
I. Corbalán.

*En las páginas 182 y 183:*

*1. Ballet en el Teatro Colón.*
Dirección Nacional de Turismo.

*2. Edificio de la Universidad Tecnológica Nacional.*
I. Corbalán.

precisión histórica, reducir el fenómeno de la Reforma a una exclusiva reivindicación pedagógica. Lo fue sin duda, y con razón, porque era necesario terminar con anacrónicos remanentes de ese pasado hispánico que ahora nos proponen como remedio. Pero la Reforma fue, sobre todo, expresión de las contradicciones de la sociedad concreta que, en el orden de las ideas, rechazó la filosofía de la Universidad tradicional. Las batallas ideológicas encontraron en la Universidad un terreno de manifestación más o menos confuso, y ciertamente que en la etapa inicial algunos de sus ideólogos se enredaron en el intuicionismo orteguista o dieron paso más tarde a todas las especulaciones del irracionismo existencial. Pero no es menos cierto que en el período en que caducó totalmente la Reforma, especialmente entre 1943 y 1955, el oscurantismo tomista alcanzó su mayor empeño, y que pudimos vivir una nueva situación, contradictoria aunque fecunda, cuando rigió plenamente el gobierno tripartito abatido en 1966. Mientras tanto, amparadas en la teoría de la función supletoria del Estado, florecían las universidades privadas hasta albergar en 1971 a más de cincuenta mil alumnos repartidos en 24 institutos.

Si se observa la Universidad como un micromundo significativo, se comprende entonces la falsedad de aquellas interpretaciones maniqueas. Ese microcosmos, en definitiva, es demostrativo, también entre nosotros, del carácter contradictorio de la cultura en toda sociedad dividida en clases. Si se la encara antropológicamente, la cultura se refiere a todo el quehacer del hombre. Si se la mira, en cambio, en un orden más restringido, la cultura aparece como una superestructura ideológica a través de la cual, en su reservorio más legítimo, se manifiesta la continuidad de un pueblo en la medida estricta en que es expresión del desarrollo de la ciencia, la filosofía y el arte. Pero no obstante aparecer en condiciones históricas determinadas por una base social concreta, la cultura no es mero reflejo pasivo de la estructura básica. A partir de ese origen admite una autonomía de desarrollo que, según lo dijimos, puede revertirse sobre la base originaria. La cultura, por lo tanto, es otro campo operativo de la lucha de clases, expuesta más sutilmente, menos abiertamente que en las luchas políticas, pero no por ello menos real ni acuciosa. La Reforma universitaria fue una manifestación de esa batalla, determinada principalmente por el empuje de nuevas promociones provenientes de las capas medias originadas en la inmigración. Por ello domina con su problemática —no obstante los errores o limitaciones que se le imputen— gran parte de ese segmento de la historia argentina inaugurado por la primera posguerra. Acaso fuera exagerado ver en ella el preanuncio de esa cultura nueva que las clases postergadas formulan siempre en las condiciones de la sociedad antagónica, que tuvo en los enciclopedistas su ilustración más cumplida y en nuestra generación del 37 su fórmula más plausible. Pero esa nueva cultura, a su turno, no puede amurallarse en un nacionalismo de trote corto, despreciativo del quehacer de otros pueblos e inclusive desdeñoso de la propia herencia nacional cuando no concuerda con sus esquemas del bien y del mal concebidos como territorios infranqueables.

A partir de estos presupuestos de una cultura nueva, inseparable de la lucha de clases (aunque ello no signifique necesariamente el afiche del obrero con el puño levantado ni la novela con inmediatas soluciones sindicales), se comprende la sospechosa insensatez de las condenaciones contra el movimiento obrero creado por los inmigrantes, computado casi como una intromisión cosmopolita en el alma nacional. "Eran extraños al espíritu y a la sensibilidad de los trabajadores argentinos [eran] líderes fuertemente intelectualizados, que manejaban ideas sin posibilidad de trasplante", escribe uno entre los variados comentaristas similares. Joaquín V. González, expresión máxima del liberalismo tan denigrado, pensaba exactamente igual que estos críticos nacionalistas de última hora: él también veía en el movimiento obrero creado por los gringos una muestra de exotismo... Pero ese movimiento obrero, lo mismo que la inmigración en su conjunto, produjeron irreversibles hechos de cultura que forman parte de nuestra tradición, empezando por la introducción del marxismo como elemento de interpretación y transformación de la sociedad argentina. Sin duda alguna —y reitero lo dicho en mi *Nación y cultura*— esos inmigrantes se instalaban en un país con cuyo pasado no tenían ataduras sentimentales, y acaso ello explique el aire de evasión —o de desnacionalización— de cierta literatura que no sentía demasiados sostenes a sus espaldas. Pero esos inmigrantes produjeron sus hijos, que son

argentinos de otro tono, ni criollos ni gringos. En la formación de la Argentina moderna no podría saltearse este dato, tan desdeñado (cuando no tan falsificado) por el maniqueísmo interpretativo.

**La crisis educacional**

Dentro de las nuevas condiciones de la sociedad argentina no son datos desdeñables el auge relativo de la enseñanza media y superior. Así, por ejemplo, mientras en 1958 los alumnos secundarios eran 505.173, en 1967 se elevaron a 847.896, siendo que en 1966 los universitarios alcanzaban a 266.653. Pecaríamos de orgullo nacional si dejásemos de advertir que ese auge relativo se asienta sobre un evidente analfabetismo potencial revelado por las cifras de la deserción escolar, gravísima en la instancia primaria aunque existente también en los demás ciclos. Es inútil hinchar el pecho y proclamar que somos el país con menos analfabetos entre todos los de América, si en 1964 el total de desertores de la escuela primaria llegó al 62,5 por ciento, con el agravante de que más de la mitad lo hizo antes de completar el tercer grado. Es inútil ahuecar la voz para decir que en 1964 teníamos una inscripción del 18,4 por ciento en el nivel medio, tomando como base la población comprendida entre 13 y 18 años, y del 5,9 por ciento en el nivel superior, para los habitantes entre 19 y 24 años, si tales datos resultan terriblemente deteriorados por cifras de desestimiento que en ambos casos superan el 60 por ciento. Escapa a la naturaleza de este trabajo ahondar sobre las causas económico-sociales del fenómeno, que abordé minuciosamente en *Nación y cultura;* todo lo esencial que allí se dice, salco el rejuvenecimiento de los datos estadísticos, ha resultado por desgracia corroborado. Conviene recordar que los déficit se reparten irregularmente en el territorio nacional, y que tal anomalía es testimonio del índice de desarrollo desigual del país, dentro del cual el latifundio pesa como la rémora fundamental. Basta ver para ello las tasas de escolarización primaria, calculadas en los datos oficiales entre extremos que van desde casi el 95 por ciento en la Capital Federal hasta el 80 en las provincias del noroeste, para no acudir al ciclo secundario donde el promedio de promoción, estimado en 51,4 por ciento, se reduce en Jujuy al 28,71.

Si insisto en esta determinación escolar es porque en las condiciones de la sociedad moderna, conmovida por la revolución científico-técnica, la educación se transforma necesariamente, y con mayor vigor que en otras épocas, en el centro de la problemática cultural. Sarmiento supo verlo con perspicacia verdaderamente genial: su *Educación popular,* antecedente teórico de la Ley 1420, proclama las necesidades de una sociedad burguesa cuya constitución histórica no alcanzó a completarse. Pero aquellos elementos de formación educacional del ciudadano —que, preciso es decirlo, nunca se realizaron plenamente— no bastan ya para las exigencias técnicas de una producción moderna a pesar de nuestra condición de país subdesarrollado. Elevar el *quantum* de la educación es una necesidad impostergable para cualquier país que apetezca modernizarse, porque en las circunstancias concretas de la producción contemporánea ya no alcanza aquel mínimo tan congruentemente explicado por Sarmiento y sus seguidores. No podía dejar de manifestarse el fenómeno entre nosotros, aunque presente notorias contradicciones *in re,* porque por un lado se acrecienta la orientación del estudiantado medio y superior hacia las profesiones técnicas con detrimento de las carreras clásicas, mientras que por el otro la reforma educacional del gobierno de facto restringe la posibilidad básica en la formación de técnicos al reducir el tiempo útil destinado al ciclo primario propiamente dicho. (Téngase en cuenta acerca de lo primero que entre 1958 y 1967, según datos del Departamento de Estadística Educativa de la Secretaría de Cultura y Educación, los alumnos del bachillerato clásico aumentaron en 16,8 por ciento sobre un crecimiento global de 67,8 para toda el área secundaria; en cambio, las diferentes escuelas profesionales mostraban un incremento de 78,8. En 1963, por informes del Departamento de Ingreso de la Facultad de Ingeniería de Buenos Aires, el 51,9 por ciento de los inscriptos se orientaba hacia las especialidades electromecánicas con mengua de la clásica ingeniería civil reducida al 16,6. Paralelamente se acrecentaban los cuadros de investigadores de la Facultad de Ciencias, bruscamente desparramados por el manotazo dictatorial de 1966).

Esta contradicción la determina nuestra estructura de país dependiente, colocado a horcajadas entre las necesidades del avance científico y las limitaciones impuestas por la recolonización más sutil, y al mismo tiempo más profunda, que el dominio nor-

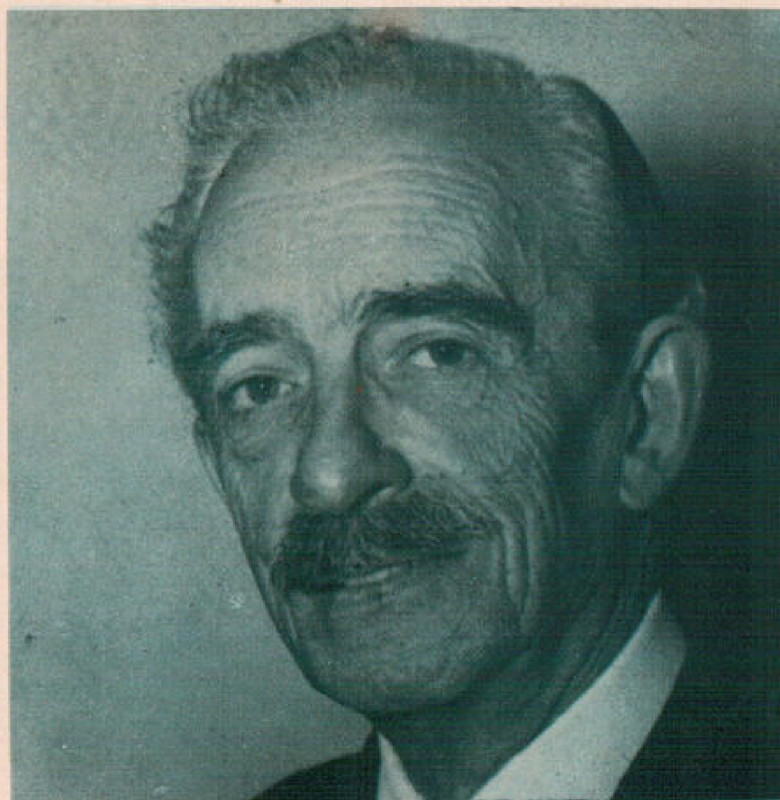
*1. Nicolás Coronado.*

*2. Bernardo González Arrili.*

*3. Ricardo Rojas.*
*Caras y Caretas*, 17 de junio de 1911.



1



2



3

1. *Alberto Vacarezza.*

2. *Portada del sainete de Vacarezza* Los Escrushantes

3. *José Ingenieros.*



1



NUESTRO TEATRO

Revista Quincenal de Crítica y Producciones Teatrales

Dirección y Administración: TALCAHUANO 429

AÑO I — Buenos Aires, Agosto 1º de 1913 — Núm. 1

Los Escrushantes

SAINETE LIRICO

EN UN ACTO Y TRES CUADROS

ORIGINAL DE

Alberto Vacarezza

Estrenada en el Teatro Nacional 1er. Premio de Zarzuela en el Concurso de 1911

2



3

teamericano ha introducido en el plano de la división internacional del trabajo. La cultura no podía ser un territorio ajeno a dicha especulación. En las condiciones de la ciencia moderna, cualquier investigación independiente requiere recursos cuantiosos. De ello se valen los monopolios para imponer la supeditación teconológica por métodos diferentes, aunque dirigidos todos al mismo fin: ya sea financiando investigaciones de ciencias aplicadas innecesarias para el país en que se ejecutan y válidas, en cambio, para la metrópoli; ya preparando especialistas que luego adaptarán la universidad latinoamericana a planes escasamente concordes con las necesidades nacionales, como ocurrió, entre otros casos, en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires; ya absorbiendo a los técnicos preparados en nuestros institutos, a costa del presupuesto argentino, en ese episodio pomposamente llamado "fuga de cerebros" con lo cual Estados Unidos se apropia, casi gratuitamente, de un personal calificado. Tal como se ha destacado en muchos estudios especializados, este proceso de captación no se ejecuta exclusivamente sobre los países dependientes de América latina, sino que incluye también a sectores desarrollados del capitalismo europeo. Y esta deformación cultural —que jamás pudo imaginar Su Graciosa Majestad Británica ni en los tiempos de supremo esplendor— alcanza a producir teorías a diestra y siniestra. Por un lado, la admisión indiscriminada de las "ayudas" como base indispensable para nuestro desarrollo; por otro, el rechazo absoluto de toda investigación científica, viendo en ella una forma de colaboración con el imperialismo por la ya recordada "fuga de cerebros". Como lo observa Maggiolo muy atinadamente, en esta mezcolanza doctrinaria "los intereses del imperialismo, las clases dominantes de los países subdesarrollados, los intelectuales radicales de la «izquierda anticientifista», forman así una alianza conceptualmente imposible pero que no obstante existe y que sólo favorece a los primeros..."

Una actitud adecuada importa, también aquí, desterrar cualquier resabio de maniqueísmo en la adquisición del saber concreto. El proceso universal de la cultura no es una tabla rasa en la cual cada país particularmente considerado debiera concebir su propia historia a partir de cero. Así como hay, dentro de cada país, una herencia cultural que refleja las contradicciones de clase del pasado y que, por lo tanto, debemos absorber críticamente, de la misma manera hay un movimiento circulatorio de las ideas en el orden mundial que también necesitamos asimilar críticamente. Aunque partiéramos de la idea ingenua de que todo cuanto viene de afuera procede de *nuestros enemigos*, un elemental principio de ciencia militar enseña que debe aprenderse todo lo válido del enemigo para emplearlo contra él como un arma más. En el territorio de la investigación técnica, por consiguiente, lo que importa es el interés nacional de un desarrollo científico independiente que no puede prescindir de los hallazgos ocurridos en otros centros del saber. Es tan absurdo suponer que un cientifismo abstracto, prescindente de las transformaciones políticas de base, podrá resolver por sí los arduos problemas de la emancipación nacional, como imaginar que una huelga científica nos inmunizaría de contagios peligrosos. De lo que sí positivamente se trata es de formular una política cultural de alcances nacionales, y si algo cabe imputar a la desnacionalización educacional no es el empleo de los datos de la investigación científica básica, por lo demás harto exigua, sino la supeditación de los institutos a planes tecnológicos no siempre indispensables para nuestros países, a conformaciones pedagógicas que repiten innecesariamente el modelo de las universidades norteamericanas y a sistemas de préstamos que imponen tanto su utilización exclusiva en el mercado yanqui cuanto la aprobación de los planes de equipamiento y distribución por el Banco Interamericano de Desarrollo; un ejemplo elocuente es el contrato suscrito el 4 de mayo de 1962 entre el Consejo Interuniversitario de la Argentina y el BID.

La llamada política de "integración cultural", surgida de la Conferencia de Presidentes de Punta del Este en 1967, no se combate con una apelación enfática contra las becas, los institutos multinacionales, los subsidios y aportes de las *foundations*, que muchas veces no vacilan en apoyar variantes de una "izquierda aceptable" frente al marxismo ortodoxo. Lo importante es la determinación de una política educacional de alcances nacionales, que atienda a las necesidades del hombre argentino en las condiciones del mundo concreto en que vivimos, que sepa preservar nuestra individualidad cultural entendida como asimilación de todas las corrientes

que contribuyeron a la formación de la Argentina moderna, y que asimismo sea capaz de destruir teóricamente las supercherías seudocientíficas que implican una variante del cosmopolitismo bárbaro, un subterfugio contrapuesto a ese respetuoso sistema de vasos comunicantes que procura el equilibrio internacional de la cultura. En una palabra, necesitamos la autenticidad frente al esnobismo. Y ello requiere una política cultural autónoma, que es inseparable de una independencia política a secas, pero que no es tampoco su consecuencia pasiva. La movilidad dialéctica de esta superestructura esencial la convierte en campo privilegiado para la batalla por la emancipación nacional, en arma posible vuelta contra la estructura originaria. No basta para ello con obligar a determinados porcentajes de música autóctona si al mismo tiempo la escuela pública es retrotraída a la ideología de la guerra fría o ciertas carreras universitarias remodeladas según el sistema de Harvard. Es el caso argentino en 1971.

**Cultura de pueblos y cultura de masas**

En una sociedad como la argentina este planteo exige diversas puntualizaciones. Presuntivamente la Universidad era la encargada de promover un saber nacional. Tal función, dejando de lado sus costados incumplidos, compete cada vez menos a la Universidad como cúpula que a los diversos estratos educacionales más directamente vinculados con la masa popular. En el sistema de vasos comunicantes de la cultura, la influencia directa sobre el pueblo se ejercita a través de la llamada "cultura de masas". Sería impropio, sin embargo, suponer que toda la deformación cultural se agota en ese nivel, sin tomar en cuenta las relaciones necesarias entre las élites y la masa. La política deformante del imperialismo tiene en cuenta esa doble condición.

Ambos planos se combinan congruentemente, de tal manera que mientras el monopolio invade el cine, la radio y la televisión, contribuyendo a un barbarismo lingüístico que ya alcanza a las provincias, por el otro se deteriora paulatinamente la tradición nacional más legítima y se exaltan las aparentes audacias de acento cosmopolita; el caso más notable fue el Instituto Di Tella, generosamente subvencionado por la Ford, la Rockefeller y el BID, no sólo para las prácticas aparentemente inofensivas de los *happenings* artísticos, sino para la constitución de un "centro de ciencias sociales" que cumple, además, la función de abrir una brecha hacia la izquierda no ortodoxa...

Repetidamente he escrito que no puede imaginarse la tradición como algo cerrado para siempre a cal y canto. Necesita, sin duda, renovarse con nuevas experiencias, de acuerdo con la fórmula echeverriana, pero sin renunciar a lo que constituye su aire familiar, ese ojos puesto en las entrañas de las sociedad.

El proceso de captación de las élites no es ahora, sin embargo, una mera consecuencia del prestigio, como pudo ser la necesidad de consagrarse en París para los escritores y artistas de fines del XIX y comienzos del XX, ni la ostentosa prolijidad de graduarse en Oxford, privilegio reservado para los hijos de las grandes familias. Ahora, en cambio, esa seducción resulta fomentada y organizada por las mismas *foundations* que, en otro orden, procuran mantenernos en status de dependencia tecnológica. De esta manera la superchería de los *happenings*, del informalismo irracional y otras mistificaciones se confunden con lo que puede ser auténtica búsqueda de expresiones nuevas. La invasión capitalista, y en muchos casos monopolista, de las galerías impuso la dictadura de las modas, y cuando estas modas pasaron de largo muchos creadores de buena fe se encontraron desnudos, y además desvalidos de todo apoyo, ya considerado improductivo por las *foundations*. Así, por ejemplo, el Instituto Di Tella entre nosotros, o la revista *Nuevo Mundo* en su esfuerzo de captación de los intelectuales latinoamericanos, dejaron de existir cuando la Fundación Ford les retiró sus dólares, no por desvalorizados menos cuantiosos.

En dicho cese fue factor eficiente un proceso bastante notorio de nacionalización literaria, casi paralelo al de la desnacionalización plástica producido a través de la nofiguración. Esa nacionalización de la literatura no es, como se ha dicho, descubrimiento de 1955. Pero tras la imposición de un nacionalismo bastardeado y populachero (pocas veces popular) durante la década anterior, es cierto que la nueva generación literaria aparecida en los alrededores del 55 afianzó una tendencia hacia el tratamiento de lo nacional que proseguía, bajo diferentes condicionamientos ideológicos y técnicos, lo que otros escritores, en circunstancias ambientales menos propicias, habían ejercido solitaria y heroicamente. El llamado *boom* del autor argentino es un fenómeno importante, aunque



*1. Jorge Luis Borges y su madre en 1961 en Texas.*



1

*1. Reunión del Pen Club en 1932. Entre otros, Pablo Rojas Paz, Ramón Gómez de la Serna, Jorge Luis Borges, Manuel Gálvez y Arturo Capdevila.*

también en descenso desde que el monopolio de la distribución, en manos no precisamente argentinas, le retiró su apoyo; la quiebra de algunas editoriales así lo atestigua, mientras se manifiesta en otras una tendencia a la concentración capitalista que impone a sus propios autores mediante un orquestado sistema de publicidad. Importante como reconocimiento de un replanteo de la realidad nacional, ese *boom*, sin embargo, no es episodio inédito en nuestra historia literaria. Las ediciones de Claridad, hacia 1925, lanzaban sus libros de poesía en tiradas de veinte mil ejemplares (pongo por caso los *Versos de la calle* de Yunque), aunque también es cierto, de creer en las memorias de sus directores, que una difusión similar obtenía la revista *Martín Fierro*. Más importante que indagar el hecho material de las tiradas, tantas veces hinchadas por razones de vanidad, interesa descubrir cierta persistencia en el tratamiento de lo nacional, cualesquiera sean los juicios que esa concepción nacional (muchas veces epidérmica, cuando no nacionalista) pueda merecer. Pero lo cierto es que buena parte de los libros argentinos han dejado de ser traducciones de un modelo extranjero, como aconteció durante ese largo período de desnacionalización inaugurado por la generación del 80, y ello determina un valor cultural que debe estimarse como punto de partida eficiente.

No diríamos toda la verdad si ocultásemos que un sector de esa recuperación de las élites, sobre todo en el teatro, ha pagado su cuota a un gusto impuesto por las clientelas pequeñoburguesas, trituradas a su turno por la maquinaria de una filosofía deshumanizada, nihilista y corrosiva practicada en nombre del absurdo, la violencia y el descubrimiento de la alienación. Cuando en 1930 la crisis del teatro tradicional coincidió con un punto de fractura en la sociedad argentina, la aparición de los conjuntos independientes implicó una revolución en el gusto teatral, una ancha ventana abierta hacia vientos renovadores que —naturalmente— procedían desde más allá de nuestras fronteras. Impugnado en nombre de una "tradición" que apenas si era la máscara de míseros apetitos comerciales, el llamado teatro independiente conoció esos instantes de esplendor y decadencia que Marial, entre otros, ha estudiado detenidamente. Interesa señalar que, parcialmente apartado de su lema inicial ("El teatro será pueblo o no será nada"), se circunscribió más tarde a un público sin duda culto aunque reducido, girando constantemente de una sala a otra. Era un público proveniente en su mayor parte de las capas medias, que fue imponiendo en los hechos, y sutilmente, su dictadura estética, complaciéndose en los estertores más hediondos (y por lo mismo más laberínticos) de la agonía de una sociedad, como si con ello estuviera procurándose cuotas sucesivas de buena conciencia. No vale para remediarlo el esfuerzo de algunos jóvenes autores que —ellos también— no logran sobrepasar la descripción tediosa de la vida pequeñoburguesa. La virtual absorción de las principales salas de Buenos Aires por monopolios asentados en canales de televisión no hace más que acentuar el fenómeno de nuestra sumisión; ahora aparece claramente lo que antes apenas se insinuaba. Por lo demás, no obstante el optimismo de cierto auge relativo de la asistencia al teatro —y no deja de ejercer en ello un influjo considerable la presión publicitaria de los monopolios televisivos sobre los espectáculos montados con sus propios actores en sus propias salas—, sigue siendo, sin embargo, una ocupación de minorías: datos de abril de 1971 muestran que ese mes hubo en todo el país 286.640 espectadores, es decir, menos de diez mil por día, sobre una población de veintitrés millones. La mayor concurrencia se orientó hacia los teatros de revistas o de comedias mediocres; la asistencia "intelectual", la atraída por los globalmente llamados "teatros vocacionales", a los que se adicionaron las "salas de barrio", apenas si fue de algo más de 23 mil personas...

Sería erróneo sugerir que aquí se contrapone la cultura de élite con la cultura de masas o, lo que sería peor aún, convertir la expresión cultura de masas en sinónimo de cultura de pueblo. La cultura de pueblo es, simplemente, cultura a secas, porque toda cultura auténtica equivale, en definitiva, a una socialización de sus resultados y no a un mero disfrute de minorías afortunadas. "Cuando a la cultura se la disfruta como a un privilegio —escribió Aníbal Ponce, y perdónese la reiteración insistente—, la cultura envilece tanto como el oro". Toda *gran* cultura es cultura de pueblo en la medida misma en que se nutre de sus sustancias, se origina en su personalidad histórica y se convierte en expresión de sus rasgos específicos. No es concebible, por lo tanto, sobre todo en el terreno instrumental de las artes, una

cultura para entendidos y una subcultura para la masa, especie de vino rebajado o de alimento premasticado para su mejor deglución. De manera, pues, que en las oposiciones actuantes en la labor artística se acrecienta una línea de separaciones que, salvo excepciones, ha venido acentuándose en el período que examinamos. Los elementos de supeditación a lo extranacional —entendiendo por tal no la internacionalización deseable, sino la imposición de modos de pensamiento contrarios a cuanto la nación necesita— se han expandido en la doble dirección de la supuesta cultura de las élites y de la llamada cultura de masas. En la primera zona de los creadores, dicho fenómeno se sitúa en el terreno de la simple negatividad pequeñoburguesa que trata de reproducir en nuestras tierras situaciones sociales y psicológicas que nos resultan arbitrarias o, por lo menos, ajenas. Hay —¿cómo negarlo?— novelas, cuentos, piezas teatrales, filmes, poemas, que surgen como hitos de una nacionalización auténtica de la cultura. Pero una literatura o un arte nacionales no están constituidos por algunas obras eminentes sino por la continuidad y la progresión de una línea histórica que tome en cuenta los nuevos contenidos intrínsecos de la nación. La principal modificación histórica de la nacionalidad argentina es el peso específico que en ella alcanza la clase obrera como componente dinámico de la sociedad. Esa realidad, foco de transformaciones y polarizaciones en torno al cual gira inevitablemente cualquier política destinada a la afirmación de una nueva cultura dentro de la sociedad contradictoria, es la que no aparece en las vertientes actuales de una literatura y un teatro que, sin embargo, muestran rasgos encomiables de preocupación por lo nacional. Pienso que buena parte de esa literatura —o, si se prefiere, de esa conformación de las élites— escamotea inconscientemente la realidad o la reduce a las fluctuaciones, cuanto más a las exasperaciones, de la pequeña burguesía intelectual.

Tales rasgos se confirman, cierto que en este caso de manera consciente, en la llamada cultura de masas. Conviene tener en cuenta que para un vastísimo sector de la población argentina, particularmente la rural, la radiotelefonía y la televisión constituyen los únicos contactos con la cultura. Sometidos al régimen de los monopolios, ya sean privados o estatales, los programas ofrecidos, salvo contadas excepciones, representan un repertorio subcultural dentro del cual los rasgos de desnacionalización se acrecientan merced a los productos irradiados, casi todos proporcionados por las cadenas de origen norteamericano. La función de la televisión como "chupete tranquilizador", según la aguda frase de Bernard Rosenberg, es uno de los episodios más significativos de la sociedad moderna que entre nosotros se manifiesta abusivamente. Pero entre nosotros es visible asimismo la influencia corruptora de la televisión en el lenguaje popular. Ya no es el afrancesamiento que la generación del 80 legó a la literatura argentina contemporánea de la primera guerra mundial, como lo observó Giusti; ahora es simplemente el barbarismo convertido en método. El problema de ese submundo cultural no se remedia tampoco con la euforia del módico acrecentamiento de la concurrencia a los cines que revelan estadísticas recientes, sobre todo porque la proyección cinematográfica masiva, en manos de los monopolios de la distribución, reproduce salvo excepciones los mismos, o parecidos, defectos. Pero aun así, los datos recogidos sobre 33 salas del centro y los alrededores de la Capital Federal muestran en abril de 1971 una asistencia global de 703.647 personas, o sea, un promedio de 711 espectadores diarios por sala. No es, como se advierte, demasiado.

### Conclusiones

Los elementos contradictorios de la cultura argentina expresan, en definitiva, el signo de la crisis estructural en que se debate la sociedad: un país que no realizó a tiempo su revolución burguesa, constreñido dentro de moldes de atraso y dependencia que constituyen la característica latinoamericana, estalla ahora necesariamente por todos sus poros. Es natural que la cultura no pudiese ser ilusoria isla solitaria.

No somos tampoco un compartimiento estanco frente a las convulsiones del mundo contemporáneo. Por ello pueden rastrearse diferentes actitudes ante la crisis que nos envuelve nacionalmente, pero que también se inscribe dentro de la pugna mundial entre el sistema capitalista en descomposición y el sistema socialista que se construye con diversidad de caminos. En tales condiciones no fuimos ajenos al eco marcusiano de la negación de la cultura, como si el tremendo interrogante *para qué sirve la cultura*, suficientemente adobado con puerilidades extremistas, dispensara de toda res-



1



2

*1. J. L. Borges, Evar Méndez, R. Molinari, E. Mallea y otros en una reunión con Alfonso Reyes.*

*2. Leopoldo Marechal es homenajeado por un grupo de amigos con motivo de su partida para Europa en 1929.*

ponsabilidad en la búsqueda de una solución positiva. A partir de esta negación radical, las posibilidades de comprender racionalmente las leyes de desarrollo relativamente autónomo de la cultura para usarlas como palanca transformadora quedan también radicalmente abolidas, con lo cual la cultura resulta entregada, como territorio sin compartir, al sistema que presuntivamente se rechaza. Desde este punto es posible comprender las actitudes de fuga ante la realidad como conductas antagónicamente simétricas: o bien volverse hacia una cultura extraña aceptada pasivamente en sus excelencias posibles, o bien refugiarse en un folclorismo anómalo cuando no retrógrado en sus evocaciones de una realidad inexistente. Por suerte la resurrección folclórica se vincula asimismo con la renovación folclórica, en cuyo sostén se agrupan verdaderas muchedumbres populares. Fenómeno nuevo, en cierta manera emparentado con el de las canciones de protesta, anuncia elementos indispensables para una reconstrucción democrática de la cultura argentina, a pesar de la inexistencia de una política cultural orgánica fundada principalmente sobre el aparato educacional.

Por importantes que sean los avances producidos en las técnicas culturales, y aun el fenómeno de inserción más aguda de las élites en la problemática nacional, sería desmandado pensar en una extensión colectiva de ese saber, en su socialización comprendida como bien congruente de la sociedad, acaso con la ya aludida excepción del folclore. Quiere decir, pues, que el proceso de separación entre las élites y el pueblo, con que la generación del 80 invirtió el signo revolucionario —*militante*, diría Rodó— de la generación del 37, sigue manteniéndose como el dato más complicado de la sociedad argentina, y al mismo tiempo como el más angustioso, puesto que ya alcanzan a comprenderlo los trabajadores de la cultura.

Pareciera, entonces, como si retornáramos al punto de partida: no hay cultura autónoma sin sociedad independiente, no hay cultura nueva sin sociedad nueva. ¿Significa esto que deberemos aguardar la transformación social, aun cooperando en ella, para producir posteriormente la modificación cultural? Pensar en una revolución por la cultura sería lo mismo que recaer en las ilusiones primiseculares el arielismo; imaginar a la cultura como mera sombra de la política equivale a la pasividad del nihilismo. Los datos argentinos anuncian ya, entre las mallas de la crisis profunda, los elementos de una cultura nueva determinados por la dialéctica de la lucha de clases. Se trata, pues, de acentuar tales datos, de preservarlos en su condición nacional sin mancillarlos en un nacionalismo de miras cortas. Se trata, en definitiva, de saber que la cultura, por su función de regreso, puede ser un elemento necesario en la transformación nacional.

## Bibliografía


Agosti, Héctor P.: *Nación y cultura*, Procyón, Bs. As., 1959.

Agosti, Héctor P.: *Para una política de la cultura*, 2ª ed. aumentada, Medio Siglo, Bs. As., 1970.

Gallo, Blas Raúl: *Historia del sainete nacional*, Quetzal, Bs. As., 1958.

Giusti, Roberto F.: *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Raigal, Bs. As., 1954.

González Lanuza, Eduardo: *Los martinfierristas*, Ediciones Culturales Argentinas, Bs. As., 1961.

Lafleur, Héctor René; Provenzano, Sergio D. y Alonso, Fernando: *Las revistas literarias argentinas, 1893-1967*, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1968.

Maggiolo, Oscar J. y otros: *Hacia una política cultural autónoma para América latina*, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1969.

Marial, José: *El teatro independiente*, Alpe, Bs. As., 1955.

Romero, José Luis: *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Fondo dé Cultura Económica, México, 1965.

Weinberg, Gregorio: *Algunos aspectos de la situación actual de la cultura argentina*, Separata de la Revista de la Universidad de Buenos Aires, Nº 4, 1961.